

GUILLERMO H. KAUFMANN

por Gustavo Galizzi

Conocí a Guillermo en 1986, cuando yo era estudiante universitario y me sentía atraído por la física experimental y la óptica. En ese tiempo, buscaba un espacio donde poder comenzar a trabajar en temas de mi interés, y me acerqué al laboratorio de Óptica Aplicada del IFIR. Guillermo me recibió con la paciencia y generosidad que lo caracterizan, y me ayudó a presentarme a una beca para estudiantes. Así comenzó una relación profesional que lleva ya casi cuatro décadas y que ha marcado profundamente mi carrera científica.

Desde aquellos primeros días en el laboratorio, trabajando bajo su dirección, pude observar en Guillermo cualidades que lo distinguen como investigador y como formador de recursos humanos. Su energía para el trabajo era notable, siempre exigente en la medida correcta, tanto consigo mismo como con quienes trabajábamos con él. Era paciente cuando las circunstancias lo requerían, correcto y justo en sus decisiones, y particularmente previsor: cada vez que planteaba un proyecto, tenía preparados uno o dos planes alternativos por si el camino original encontraba obstáculos. Esta capacidad de anticipación y su voluntad para sobreponerse a cualquier contratiempo son rasgos que aprendí a valorar con el tiempo.



En 1988 ingresé a CONICET como personal técnico del laboratorio, continuando mi trabajo bajo la dirección de Guillermo. Durante los años que siguieron, mientras él desarrollaba sus investigaciones en metrología de speckle y sus aplicaciones, tuve la oportunidad de participar de ese proceso y de aprender no solo las técnicas experimentales, sino también su forma de abordar los problemas científicos. Su curiosidad intelectual y el hecho de estar siempre muy informado profesionalmente le permitían tener una visión clara sobre el desarrollo científico y tecnológico en nuestras áreas de investigación. Esta visión, sumada a su notable habilidad para relacionarse con investigadores de todo el mundo, resultó fundamental para los logros alcanzados por el grupo.

En el año 2000 le planteé a Guillermo mi deseo de realizar una

tesis doctoral. Él aceptó dirigirme, asistiéndome en todo el proceso. El doctorado, que completé en 2003, fue relativamente breve porque pude aprovechar gran parte del trabajo de investigación que había desarrollado durante mis años como personal técnico. Nuevamente, Guillermo mostró esa capacidad de reconocer las posibilidades y apoyar el crecimiento profesional de quienes trabajábamos con él.

Unos años más tarde, en 2005, habiendo alcanzado yo la máxima categoría a la que podía aspirar como personal de apoyo a la investigación, discutí con Guillermo mi intención de postularme a la carrera de investigador de CONICET. Con su guía y apoyo, preparé mi presentación e ingresé a la carrera en 2006. A partir de ese momento, nuestra relación se transformó: pasamos de la relación director-dirigido a trabajar como colegas investigadores, vínculo que mantuvimos hasta su jubilación en 2017.

Durante todos estos años, Guillermo construyó una carrera científica de excelencia en el campo de la metrología óptica. Su perseverancia en lograr sus objetivos y su capacidad para sobreponerse a los obstáculos que encontró en el camino se reflejan en su gran cantidad de publicaciones científicas, en los

recursos humanos que formó, y especialmente en el reconocimiento internacional que recibió.

Más allá de los logros científicos, hay aspectos de Guillermo que conocí con el paso del tiempo. Sabía de su pasión por el tenis, deporte que practicó desde muy joven y que lo acompañó toda su vida. Sin embargo, solo hace pocos años me enteré, por un comentario casual de un colega, de su otra faceta: la pintura. Esto me hizo comprender que

Guillermo, siendo una persona reservada, compartía ciertas pasiones pero mantenía otras en un ámbito más personal. Quizás esta característica contribuyó a que nuestra relación, aunque de larguísima duración, se mantuviera siempre centrada en el trabajo científico y en el respeto mutuo.

Hoy, cuando miro en retrospectiva estos casi cuarenta años, puedo afirmar que Guillermo fue mucho

más que un director: fue un verdadero mentor que acompañó mi desarrollo profesional, desde aquel joven estudiante que llegó al laboratorio en 1986 hasta mi consolidación como investigador. Su ejemplo de dedicación, perseverancia y excelencia científica continúa siendo una guía en mi trabajo actual. Por todo ello, y por la confianza que depositó en mí al solicitarme escribir esta semblanza, le estoy profundamente agradecido.